

de jardines, en donde se diría que las estatuas de mármol crecen como los hongos, se llega á Mestre. Aquí os esperan los gondoleros venecianos para conducirlos á su maravillosa ciudad.

11 DE ABRIL.

Campanario de San Márcos.—Vista é historia de Venecia.—Iglesia de San Márcos.—Traslacion del cuerpo de San Márcos.—Tesoro.—Plaza de San Márcos.—Caballos.—Leon.—Palacio del dux.—Prisiones.—Inscripciones.

El viajero que entra á Venecia despues de la caída del día, se cree trasladado á alguna ciudad fabulosa de las *Mil y Una Noches*. Una ciudad soberbia, vasta, populosa, asentada en medio del mar, sin que se perciba que le sirva de base ni una pulgada de tierra, ni una punta de roca; largos canales limitados por casas y palacios, cuyos cimientos están ocultos en las olas, mientras la fachada, mitad europea, mitad oriental, se lanza majestuosamente á los aires; un silencio lúgubre no interrumpido ni por el paso de los caballos, ni por el movimiento de los coches, sino solo por el ruido monótono de los remos que hieren con uniformes golpes la tranquila superficie de las ondas; el sonido variado de numerosos campanarios, las mil voces y gritos de todo un pueblo que obstruye muchos centenares de puentes grandes y chicos y pasa rápidamente encima de vuestra cabeza; góndolas de color amarillo y negro que recorren en todos sentidos las largas sinuosidades de las lagunas; las linternas de aquellos coches de agua, los reverberos y las antorchas cuya luz incierta ilumina aquel singular espectáculo; todo esto admira, sorprende y produce una impresion que tiene el privilegio de no asemejarse á ninguna otra.

Para completarla, quisimos despues de

haber visto á Venecia desde abajo, verla desde arriba. En la mañana del día siguiente, estábamos en el campanario de San Márcos. La primera maravilla que hay que considerar, es este campanario mismo, uno de los más elevados y más atrevidos de la Italia. Se llega á la cima por una suave rampa sin peldaños. Desde este mirador se goza de un punto de vista que tiene algo de prodigioso. A vuestros piés el mar, Venecia en su seno, una multitud de iglesias, de campanarios, de palacios, de cúpulas, de columnas, de pórticos, de fachadas griegas, árabes, byzantinas; al Oriente, la vasta extension del Adriático sembrada de pequeñas islas agrupadas con gracia alrededor de la imponente ciudad; al Norte, las cimas blanquizcas de los Alpes del Frioul; al Occidente las verdes campiñas del Paduano y del Vicentino; al Sur, el Brenta y sus orillas tan pobladas y tan ricas.

Encima de este magnífico panorama hay otro más magnífico aún y cuyo brillo radiante explica y realza las bellezas del primero. Este es, permítaseme la expresion, el panorama de Venecia bajo el punto de vista providencial. Apoyado en la galería aérea del campanario de San Márcos, no puede estar mejor el observador que quiere contemplarlo. A principios del siglo quinto el mundo romano, largo tiempo batido en brecha por los enemigos del exterior y por los del interior, crujía con espantoso estrépito bajo los golpes de los bárbaros. El negro estandarte de Atila acababa de ser enarbolado bajo los muros de la antigua Aquilea; pero los habitantes, confiando en su valor, habian despreciado este último signo de misericordia. Algunas horas despues, Aquilea no es mas que un monton de cenizas. Sin embargo, algunas familias de la ciudad han encontrado su salvacion en su huida. Los Arrecifes del Adriático les ofrecen un

asilo. En medio de las lagunas construyen para sí pobres cabañas; viven aisladamente, absortas en el cuidado de proveer á su subsistencia.

Dos siglos más tarde, hácia el año 697, se reunen, se dan un jefe comun y llegan á formar un pequeño Estado. Bajo la proteccion del imperio de Oriente, la naciente república se aumenta, se fortifica, y muy pronto se declara independiente. En el siglo décimo toma su remonte y vuela á sus primeras conquistas. El siglo siguiente la ve poner en su jóven cabeza la corona real, marchar al igual con las grandes potencias de la Europa, y dividir con Génova el imperio de los mares. Durante cinco siglos influye con un peso muchas veces decisivo en los destinos del mundo. En fin, su mision se ha cumplido; riqueza, poder y hasta libertad, todo se le ha quitado; y la Tiro del Occidente se ve reducida á no ser ya en sus antiguos días más que el agente subalterno de un imperio extranjero. Y ahora ¿cuál fué la razon providencial de la grandeza de Venecia y de su decadencia?

El Dios que saca el bien del mal, y hasta la vida de la muerte, hace nacer una poderosa ciudad de la invasion de los bárbaros. Bajo el ala maternal de la Providencia, creció rápidamente en fuerza, en riqueza, en valor; así fué necesario, porque Venecia debe ser uno de los auxiliares más poderosos de la Europa civilizada por el cristianismo. Llegará la época solemne en que la barbarie musulmana, amenazando invadir el Occidente y reemplazar la luz con las tinieblas, y la libertad con la esclavitud, hará que se levanten los pueblos cristianos como un solo hombre; y en lugar de esperar al enemigo, irán á atacarlo hasta el corazon de su imperio. Pero se necesitan navíos para trasladar sus ejércitos, marinos intrépidos para luchar contra las olas otomanas, y Venecia

hace este doble servicio á la causa comun. Génova la secunda noblemente; y en sus navíos, la civilizacion armada con toda clase de medios, atraviesa los dos mares que conducen hácia los bárbaros. Mientras dure la razon providencial de su poder, Génova y Venecia estarán en el primer rango entre los Estados europeos. Ellas comenzarán á decaer cuando su existencia no tenga mas objeto que intereses de un órden inferior. Con una precision notable, su historia da testimonio de este doble hecho.

Venecia tuvo todavía otra mision. Cuando en los siglos décimoquinto y décimosexto, quiso la heregia arrollar á la vieja Europa contra la fe católica, ella levantó la voz infatigable de la prensa para hacer resonar á lo léjos sus gritos de rebelion. Bala, Ginebra, la Haya, Amsterdam, se hicieron sus temibles auxiliares. Venecia fué elegida para sostener el esfuerzo del combate. De sus prensas inmortales salieron innumerables obras destinadas á proclamar, á defender y á propagar las verdades conservadoras de la religion y de la sociedad. Despues de esta doble ojeada dirigida sobre la reina del Adriático, bajamos del campanario para visitar la iglesia de San Márcos, la maravilla de Venecia y uno de los más espléndidos monumentos de toda la Italia.

La iglesia de San Márcos, mezcla de arquitectura griega, romana, gótica, museo de despojos ópimos traídos del Peloponeso, de Constantinopla, de España, de Siria, de todos los países en fin, en donde Venecia veía flotar sus pabellones, galería magnífica de pinturas nacionales, repite á su modo la historia de la poderosa república. El solo inventario de sus tesoros seria infinito. La basilica, comenzada en 796 por el dux Orseolo, fué terminada en 1071; pero la ornamentacion siguió hasta el siglo décimooctavo. En el exterior como

en el interior todo lo que no es oro, bronce ó mosaico, está incrustado de mármol oriental. Además de sus grandes puertas de bronce y de sus soberbios mosaicos, el vestíbulo contiene á la derecha la capilla Zeno, cuyo altar mirado como una obra maestra, está enriquecido con profusion de columnas y de estatuas de bronce de un trabajo exquisito. En el centro está el monumento del cardenal Zeno, con su estatua de bronce acostada en el ataúd.

Cuando se pasa el umbral del templo, se experimenta un sentimiento semejante al de la reina de Sabá al presenciar las magnificencias de Salomón. A vista de aquellas bóvedas de oro, de aquel pavimento de jape y de pórfido, de aquellas quinientas columnas de mármol precioso, de bronce, de alabastro, de mármol vetado y de serpentina, de aquellos bajos relieves de bronce, obras maestras de Sansovino, de Ticiano Mínio, de Zuccalo, de Pedro Lombardo, se queda uno desvanecido, silencioso, inmóvil. La media luz que ilumina todas aquellas magnificencias se agrega á la impresion y conduce al recogimiento. Cualquiera se prosterna, ora y se siente feliz al ver las más ricas criaturas reunidas en el géneo del hombre, para cantar la gloria del Criador.

La fuente de agua bendita tiene por base un altar antiguo de escultura griega adornado con delfines y tridentes. El mosaico de las fuentes que representa el bautismo de Nuestro Señor, es una obra del siglo duodécimo y está lleno de imaginación y de calor. En el crucero brilla el magnífico Oratorio de la Cruz. Afecta la forma de una pequeña tribuna sostenida por sus ricas columnas, encima de las cuales se admira el célebre mosaico del Paraíso. Allí se encuentra la más bella de las numerosas columnas de San Márcos; es de pórfido negro y blanco. No puedo más que indicar las dos cátedras de már-

moles preciosos, apoyadas por columnas de gran precio que se levantan á la entrada del coro; las sillas adornadas de embutidos; los bajos relieves y las figuras de bronce que decoran los balaustrados, así como los adornos de mármol y la puerta de bronce de la sacristía, obras maestras de Sansovino que le costaron veinte años de trabajo. Cuatro columnas de mármol griego adornadas con bajos relieves, sostienen la Confesion de San Márcos, y encima del altar se ve la famosa *Pala d'oro* ó *Icone Byzantina*. Este es un mosaico de esmalte en lámina de oro y de plata realzada con cinceladuras, perlas, camafeos y piedras preciosas. Presenta en una serie de compartimientos simétricos, los principales hechos del Antiguo y Nuevo Testamento, de la vida de San Márcos, de los Apóstoles, de los Profetas, con inscripciones griegas y latinas. La *Pala d'oro*, ejecutada en Constantinopla, es un antiguo monumento del arte en Oriente hácia fines del siglo décimo.

Pero ¿para qué están reunidas tantas riquezas? ¿cuál es este edificio en cuyo favor Venecia pone á contribucion al Oriente y al Occidente, á la naturaleza y al géneo? Como todos los grandes pueblos han sido pueblos religiosos, así sus más bellos monumentos son los monumentos sagrados. Tal es el que nos ocupa y cuyo origen es necesario explicar. En toda la Edad Média, las naciones del Occidente mostraron un ardor extremo en traer del Oriente los cuerpos de los mártires. A los ojos de su fe tan pura, porque era tan ardiente y tan sencilla, las reliquias de un santo eran un tesoro más precioso que el oro y las pedrerías. Su propio interes se combinaba con un impulso misterioso de la Providencia. El Oriente debía acabar por caer bajo el yugo mahometano, y Dios no queria abandonar los huesos sagrados de sus apóstoles y de sus mártires á las pro-

fanaciones de los infieles. En esta caja de reliquias, usando de la expresion de un autor contemporáneo, los Franceses, hijos mayores de la Iglesia, tenían el primer rango. 1 La Italia y Venecia sobre todo ardian en el mismo celo.

En 826, seis navíos de la república estaban de estacion en el puerto de Alejandría; los Sarracenos eran dueños de la ciudad. No obstante, los comerciantes de Venecia tenían la libertad de entrar á hacer su comercio. Algunos de ellos visitaban asiduamente la iglesia en donde descansaba el cuerpo de San Márcos, discípulo de San Pedro y apóstol del Egipto. Un religioso y un sacerdote velaban al cuidado de su sepulcro; pero cada dia, expuestos á las injurias de los Turcos, temian romper la tumba del santo evangelista y que sus cenizas fuesen arrojadas á las llamas. Sus lágrimas y sus inquietudes no fueron largo tiempo un misterio para los comerciantes venecianos, quienes no vacilaron en pedirles el cuerpo de San Márcos á fin de ponerlo en lugar seguro. Los guardianes se negaron desde luego, y por fin despues de muchas dificultades por una parte y súplicas por otra, la concesion fué prometida. El suplicio de un religioso que habia sustraído un monumento sagrado de la brutalidad de los Sarracenos, apresuró su cumplimiento. El sagrado cuerpo fué extraído del sepulcro por el religioso Stauratio y el sacerdote Teodoro, y fué puesto envuelto en seda, en una larga canasta, bajo una espesa capa de legumbres y de carne de cerdo á que tienen grande horror los Mahometanos. Los Venecianos reciben el precioso depósito y se dirigen hácia sus navíos. En el camino son detenidos por los infieles que piden se les deje ver lo que llevan. A vista de las vian-

1 Francos. sanctorum corporum cupidissimos venari, etc. "Los franceses ávidos de apoderarse de cuerpos de Santos." Véase á Bar. an. 826, n. 33, t. IX.

das inmundas, los Turcos les escupen el rostro y se alejan exclamando: *Canzir canzir*. "Cerdo cerdo." Llegaron los piadosos venecianos á sus orillas, envuelven las santas reliquias en las velas del navío y levantan anclas á toda prisa.

Muy pronto son llevadas sobre cubierta y luego depositadas en una elegante capilla. Alrededor del cuerpo arden dia y noche antorchas y perfumes. Durante toda la travesía, dos religiosos, Stauratio, uno de los guardianes, y Domingo, peregrino de Jerusalem, salmodian himnos y oraciones, mientras por otra parte brillantes milagros señalan la presencia del Apóstol. Por fin se llega á las aguas de Venecia. Toda la ciudad informada de la feliz conquista, acude al puerto; el obispo con vestiduras pontificales, acompañado de todo el clero y del Senado, recibe las preciosas reliquias y las lleva solemnemente al palacio del dux. Inmediatamente se pone mano á la obra para edificar un templo digno del Apóstol de Jesucristo. San Márcos se levanta resplandeciente de dorados y de mosaicos, de mármoles y de pinturas. Mil veces más glorioso en su vida y en su muerte que César ó Alejandro, el conquistador evangélico es depositado en la espléndida basílica. "Pero añade el historiador, los Venecianos, celosos de poseer tan gran tesoro, tomaron toda clase de precauciones para impedir que les fuese robado. Sabiendo que los Franceses eran todopoderosos en Occidente y tenían una avidez extrema por poseer cuerpos de santos, que iban á buscar por todas partes, depositaron las reliquias de San Márcos en la basílica levantada en su honor, pero en un lugar desconocido de los extranjerros. 1

De la iglesia pasamos al Tesoro. Este

1 Baron., *Ann.* 826, n. 33 t. IX.—Este lugar fué descubierto en 1094. Véase Boldetti. *Osservaz.*, etc., lib. I; 640, p. 309.

es uno de los más ricos y más vastos reliquarios del mundo. Allí hay vasos sagrados, patenas, un frente de altar cubierto de piedras duras orientales; muchos pedazos de la verdadera cruz, un clavo, la esponja, la caña, instrumentos de la pasión del Salvador, el cuchillo que sirvió al Hijo de Dios al tiempo de la Cena y en cuyo mango se distinguen algunas letras hebraicas, de tal modo borradas, que Montfaucon no pudo leerlas; en fin, dos candelabros, obras maestras de la platería bizantina que por solo ellas merecería visitarse el Tesoro.

Atravesando la plaza de San Marcos y la *Piazzeta*, saludamos los cuatro famosos caballos de Corinto colocados en el vestíbulo de la iglesia, los dos pilares traídos de San Juan de Acre y cubiertos de caracte es coptos; en fin, el Leon de San Marcos, emblema nacional del antiguo poder de Venecia, vuelto á colocar sobre su columna despues de haber adornado el muelle de los inválidos. De allí al palacio del dux no hay más que un paso.

Este imponente edificio, con sus altas murallas, sus galerías orientales, su aspecto sombrío y severo, su escalera de los Gigantes y su puente de los Suspiros, representa bastante bien el gobierno y la doble vida de la poderosa república. Siendo palacio, tribunal, prision, inspira cierto no sé qué sentimiento de terror que exageran todavía las mentirosas relaciones de muchos escritores. Felizmente debe llamarse el recuerdo de los elogios dados por Comines al gobierno veneciano, y el juicio del gran conde de Maistre: "Respecto de las crueldades atribuidas al Tribunal de los Diez, yo tengo la desgracia, dice él, de no creer demasiado en ellas." La Inquisición pública de Venecia, como la Inquisición religiosa de España, podría muy bien haber reinado en las imaginaciones por no sé qué terror dulcificado, compuesto todo

de recuerdos fantásticos, que no tenían otro efecto que mantener el orden economizando la sangre. 1 Además, visitamos en pormenor los Plomos y los Pozos, dejando para mañana la parte brillante del palacio.

Los Plomos, que se han hecho célebres por la relacion de Silvio Pellico, son prisiones colocadas en los altos del castillo, cuyos techos son de plomo. Claro está que que debia sufrir allí el detenido; sin embargo, hay entre el techo de las celdas y el techo del edificio un granero y una corriente de aire suficiente para templar el exceso del calor. Del lado del mar la vista es deslumbradora. Los Plomos estaban vacíos de presos, y en el cuarto de Silvio hallamos un locutorio comodo que preferia este departamento elevado á muchos otros más elegantes tal vez, pero de menos salubridad.

Los Pozos son las prisiones bajas. Formaban muchos pisos, de los cuales dos subsisten todavía. Recorrimos aquellos antiguos calabozos y, sin ofender á los novelistas, no están colocados bajo el canal y nunca se ha navegado sobre las cabezas de los culpables. Estos calabozos, de fuertes piedras bien cortadas, revelan tambien un pensamiento de humanidad que no siempre se encuentra en las prisiones modernas. La mayor parte están provistos de tablonés de encina y de una camilla levantada sobre el suelo á fin de prevenir la humedad. Añadid á esto que ningun prisionero fué nunca cargado de cadenas allí, especie de privilegio, tal vez único en la historia de las prisiones. Agregad, en fin, que sobre la gran galería que comunica con los Pozos y por la cual pasaban y volvian á pasar todos los días el dux, el Senado, los inquisidores, está la bula tan tierna de Urbano VIII que concede grandes

1 *Lettons II. sur l'Inq.*, p. 66.

favores espirituales á todos aquellos cuya caridad consuele, aunque sea débilmente, á los prisioneros. Acordaos de que aquellos magistrados eran cristianos animados por la fe de la Edad Média, y podreis afirmar, sin temor de errar, que los Pozos de Venecia fueron *un poco menos* horribles que las otras prisiones del mismo tiempo.

El testimonio, al ménos negativo de aquellos que los habitaron, parece confirmar esta indicacion. Al resplandor de una antorcha leimos una multitud de inscripciones trazadas con creta roja sobre las paredes de los calabozos. Aunque manifiestan, con una libre energía, las disposiciones personales de sus autores, no hay alguna que exprese quejas. La resignacion, la prudencia, el valor, la desconfianza de los hombres, tales son las cualidades que se recomiendan unos á otros, los habitantes de aquellas sombrías moradas. 1

1 Hé aquí algunas de aquellas máximas. En el calabozo número V se lee en el piso:

Maledictus homo qui confidit in homine
Soli Deo honor et gloria.

"Maldito el hombre que confia en el hombre.
Honor y gloria á Dios solo."

En el calabozo número IX, en el piso:

Non ti fidar d'alcuno; pensa ó taci
Sé fugir vuoi dei spioni, insidie e laci.
Il pentirti nulla giova,

Ma ben del valor tuo fa vera prova.

"No te fies de nadie; piensa y calla si quieres huir de espías, de asechanzas y de lazos. El arrepentirte de ello nada te ayuda. Mas bien pon á prueba tu valor."

Di chi me fido guardami Iddio;
Di chi non me fido me guardará io.

"Guárdeme Dios de aquel en quien fio. Yo me guardo de aquel en quien no confio."

Un parlar poco ed un
Negar pronto ed un
Pensar il fine puo dar la vita
A noi altri meschini.

"Hablar poco, negar pronto, y pensar el fin, puede dar la vida á nosotros los desgraciados.
1605.

12 DE ABRIL.

Continuacion del palacio del Dux.—Pinturas.
—Biblioteca.—Palacio de las Bellas Artes.
—Escuela veneciana.—Palacio Barbarigo.—Grimani.—Busto de Beatriz.—Arsenal.—El Bucentauro.

"La gloria y el esplendor pasados de Venecia, brillan por todas partes en el palacio del Dux. Inmensos cuadros del Ticiano, del Tintoreto, de Paulo Veronés y de otros hábiles maestros, recuerdan las grandes acciones de su historia; una especie de patriotismo respira en aquellas hermosas pinturas. Venecia aparece en ellas siempre como el emblema de la fuerza de la grandeza y de la belleza; es una diosa poderosa que rompe cadenas y recibe los homenajes de las ciudades sometidas; está en el cielo en medio de las estatuas de los santos y de las santas; se la ve entre la Justicia y la Paz; está rodeada de las Virtudes, coronada por la Victoria, ó aparece en las nubes en medio de la multitud de divinidades. La alegoría pierde su frialdad ordinaria, puesto que allí llega á ser la expresion de un sentimiento de orgullo y de amor á la ciudad."

Despues de esta apreciacion general, examinamos en particular las pinturas de la sala del gran Consejo. Al entrar, á la derecha, está el inmenso cuadro de la gloria del Paraíso, obra de la vejez del Tintoreto. A pesar de la especie de confusion que parece reinar en las innumerables figuras, es todavía una obra maestra de primer orden. Las pinturas que cubren enteramente las paredes y el techo, independientemente de su belleza, ofrecen un gran interes bajo el aspecto histórico, puesto que representan los fastos de la república veneciana y los acontecimientos religiosos, políticos ó militares que tu-